



EL ESCLAVO DE SU DAMA,

DON FELIX DE ROJAS.

PRIMERA PARTE

Todos los enamorados, que tiernamente enamoran, y á las rejas de sus damas de dia, y de noche rondan, sintiendo varios disgustos, padeciendo mil zozobras en desvelos, y cuidados, y en ansias de amor zelosas. Y para que todos sepan aquesta historia famosa, aprestense los oidos, y atiendan, si no se enojan, del mayor enamorado, que ha tenido España toda, y por desdichas que tuvo, se coronó de sus glorias en un impensado caso, maravilla prodigiosa.

Sucedió, pues, que á Sevilla vino un Don Felix de Rojas de la coronada villa de Madrid, por que le importa, habiendo matado á un duque, por cuya ocasion forzosa, oculto en Sevilla estaba, disfrazada su persona. Paseándose en sus calles, sin que nadie lo conozca. Vió una dama, vió un prodigio de belleza tan hermosa, que en ver sus hermosos ojos, alma y corazon le roba. Supo, en efecto, quien era, y como el padre se nombra Don Pedro Caravajal, de calidad, y prendas todas,

y ella Doña Margarita,
 cuya hermosura preciosa
 de belleza cautivaba
 á dulce cadena heróica.
 La pretendian amantes
 con festejos y con obras,
 cuando era la dama Dasne
 en verse tan desdeñosa,
 ó por no verse casada,
 que su dictámen lo estorva,
 ó por no rendir á un hombre
 una alma tan orgullosa,
 ni rendir su corazón
 á la voz de una lisonja,
 ó huyendo de las cautelas,
 que amor trae entre ponsoñas.
 Era hija del rigor
 contra todo el que la adora;
 pero Don Felix trató
 con el amor que le sobra,
 de escribirle cuatro letras,
 á ver si fina le otorga
 el fin de sus esperanzas:
 con una criada propia
 le escribió muchas ternezas,
 tan dulces, como amorosas;
 mas razón jamás oyó,
 aunque la aguarda por horas.
 Segunda, y tercera vez
 escribe, y algunas joyas,
 con tanto encarecimiento,
 cuanto su amor hace cosas,
 á que rendido tributa
 ansias, penas y congojas:
 pero ella los rompía
 desesperada y furiosa,
 y las joyas á la calle
 hechas pedazos arroja,
 y á saber quien era el dueño,
 la muerte le diera ansiosa,
 por que era un bolcán su pecho,

y un fuego cuanto acrisola,
 sin permitir que jamás
 pudiese alguna persona
 verla en ventana, ni en calle,
 por estar tan enfadosa.
 Pero viéndose Don Felix,
 que ardia de aquesta forma,
 y su amor le daba voces,
 por que nada de esto logra,
 discurrió el mas raro hecho,
 que en España, Grecia, ó Roma
 jamás en hombre se ha visto
 idea mas prodigiosa.
 Se fué á casa de un pintor,
 y hablando con él á solas,
 le dicé: Que una comedia
 se representa famosa
 del esclavo de su dama,
 y que ván á hacerla ahora,
 y haciendo el primer papel,
 con esto se perfecciona,
 poniendo en su cara hierros
 (aunque hierros amor dora)
 con un pincel como esclavo,
 fije hierros, clavos ponga.
 Hizolo el pintor, y luego
 aquella noche á deshora
 fué á la calle de la dama,
 ya la pasea, y la ronda,
 con pretesto que si viene
 la justicia poderosa,
 lograr su intento, y fué así
 decirlo, y hacerlo cosa
 cierta. La ronda venía,
 y Don Felix conocióla:
 hizo entonces que huía,
 y era en correr una posta,
 cogieronlo en breve espacio,
 y él turbado se alborota,
 por que supo fingir bien
 para entablar su tramoya.

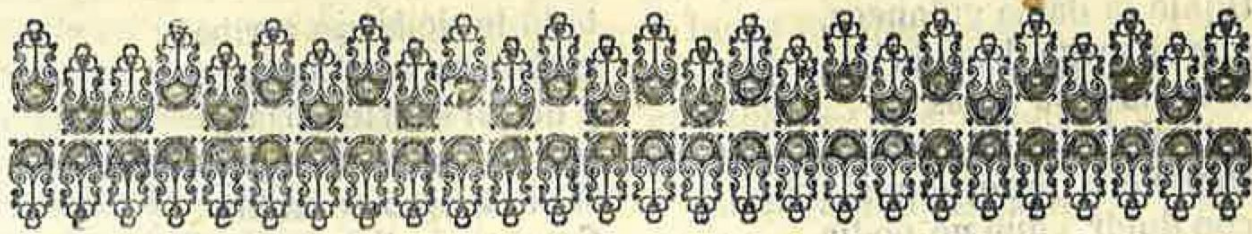
Pero viendo la justicia
 su turbacion tan notoria,
 pensando otra cosa era,
 hácia la cárcel le aportan,
 á lo cual respondió él:
 caballeros, no me pongan
 en la cárcel, por que soy,
 por dicha, y desdicha loca,
 de Caravajal esclavo,
 padre de la dama hermosa.
 Ofuscados á su casa
 lo llevaron, y de forma
 fué, que á Don Pedro llamaron,
 donde hacen que responda.
 Salió Don Pedro, y le dijo
 el cabo de dicha ronda,
 que á su mulato guardase,
 que no es justo, que á deshora
 anduviese por la calle,
 no habiendo ocasion forzosa.
 Don Pedro quedó confuso,
 que lo que dicen ignora:
 metiolo en casa, ofreciôles
 á la gente alguna cosa.
 Solo en un cuarto le mete,
 hasta que rompió la aurora,
 y con sus rayos el sol
 las cumbres y peñas dora.
 Se levantó el caballero,
 llamó á su hija, y á solas
 le cuenta lo que le pasa,
 la confusion que le asombra:
 y para que se averigue,
 y al esclavo lo conozca,
 mandólo llamar, y él
 subió como una pelota.
 Entró en el cuarto, y mirando
 á la hermosura que adora,
 la belleza que le rinde,
 los ojos que le aprisionan,
 disimuló cuanto pudo,

y humilde á sus piés se postra.
 Dijole el amo: Quien era?
 y él respondió: El alma absorta:
 Yo, Señor, soy de Madrid,
 y de Don Felix de Rojas
 esclavo: La dama oyolo,
 y el nombre sobresaltóla,
 por que leyó en los papeles
 lo que he referido ahora.
 Y dijo, pues, que su amo
 lo maltrataba con obras,
 y con peores palabras,
 dejélo por estas cosas,
 y así oculto de Madrid
 vine sin que me conozcan,
 á valerme de ese amparo,
 por mi suerte tan dichosa.
 Quieres que escriba le dijo,
 á tu amo, que esto ignora?
 No, señor, yo escribiré
 en otra ocasion forzosa.
 Dejáronlo, pues, en casa,
 sirvió con lealtad muy pronta,
 muy solícito, y muy fiel
 como que el serlo le importa,
 sin que pudiese jamás
 lograr nada á tanta costa.
 Andaba otro amante fino
 con el alma muy penosa,
 enamorado, y rendido,
 por Margarita la hermosa,
 á quien Don Felix valiente,
 una noche tenebrosa
 acuchilló de manera,
 que un rayo de un trueno aporta,
 aunque jamás no parece
 borrar de su memoria
 este amor que pretendia
 salir con mayor victoria.
 Sucedió, pues, que una tarde
 salieron en la carroza

Don Pedro, y su amada hija
 á una comedia famosa,
 que en aquella misma tarde
 representan prodigiosa,
 siendo el espejo del gusto,
 y de delicias preciosas.
 Al coliseo caminan,
 vá el esclavo, poco importa,
 adonde seis caballeros,
 con Don Agustin de Rocas,
 que aqueste nombre tenia
 el amante que le adora
 y en este parage estaba
 detenida la carroza,
 y al salir la dama, allí
 cayó, sin querer, penosa.
 Fué el galan á levantarla,
 con el alma deseosa,
 y Don Felix que lo vió
 pronto acude, á ella se arroja,
 y al galan de un rempujon
 lo arroja á las piedras toscas:
 y viéndose desairado,
 empuñó luego la hoja,
 y los demás caballeros
 viendo á un mulato sin honra,
 llamándole perro vil,
 le acometen de tal forma,
 que diez heridas le dieron,
 y algunas muy peligrosas,
 y que á no ser por Don Pedro,
 no hay duda matarlo ahora.
 Entraron en la comedia
 si bien la dama quejosa

estaba por el agravio,
 y por el esclavo llora,
 por aborrecer ingrata
 á Don Agustin de Rocas.
 Viéndose tan mal herido,
 los hierros del rostro borra,
 y fué al hospital, llamado
 del Cardenal, donde informa,
 que por quererlo robar
 una cuadrilla ladrona
 de hombres viles, lo hicieron,
 donde casi el alma aborta.
 Pusieronlo en una cama,
 cuya diligencia pronta
 tiene siempre la asistencia,
 de la gente cariñosa.
 Sucedió, pues, que Don Pedro,
 en una fiesta grandiosa
 entró en aqueste hospital,
 y por devocion zelosa,
 vió á los enfermos, vió á Felix,
 y absorta el alma se asombra,
 en ver que se parecia
 al esclavo que no goza.
 Y con aqueste cuidado
 se fué á su casa, y á solas
 le contó á su hija cuanto
 queda referido ahora
 del esclavo; y como estaba
 á él parecido en forma.
 Adonde Lucas del Olmo
 promete de aquesta historia
 otro segundo romance,
 si al auditorio no enoja.

Fin de la primera parte.



SEGUNDA PARTE.

De como doña Margarita fué á ver á su amante al hospital disfrazada: y el fin dichoso de sus sucesos.

Supuesto, que prometi
en esta historia ya dicha
el referir lo demás,
es justo que así prosiga.
Pues sabido de la dama,
aunque el padre no lo obliga,
con el desaire que hizo,
en el alma agradecida,
por ser contra un hombre á quien
su sombra es aborrecida:
y por ver si el mismo es
de las cartas referidas,
en decir que Rojas es
lo mismo que ella leía;
curiosa como mujer,
y por que amor le decia,
que este es D. Felix de Rojas
el que con fuerte cuchilla
acuchilló á su enemigo,
á quien tanto aborrecia:
fuese al hospital oculta,
y pues que le conocia,

las mas señas le dirán
si es el que buscando habia.
Conócelo, y amorosa
habla á Don Felix, y mira
él el bien, que en sus palabras
su calidad la descifra.
Lágrimas los dos derraman;
y en fin, por una vecina
á su casa fué llevado
con las mortales heridas,
sin que nadie lo supiese,
ni el padre de Margarita.
A costa, pues, de la dama
se curó como debia,
no faltándole regalos,
cirujanos, medicinas,
y alivio todas las noches
con su amorosa visita.
Sanó al cabo de seis meses,
algo mejor se veía,
con ánimo y fuerzas dobles,
como las que antes tenia.

Dijole la dama entonces,
 que si ya se descubria,
 le daría para galas
 con el favor de pedirla.
 Don Felix le respondió
 con dolor, que no podia
 hasta saber de Madrid
 sus cosas como corrian.
 Y ella le dijo: volved,
 señor Don Felix aprisa
 á poneros otros hierros
 como los que antes tenias.
 El galan le prometió
 hacerlo como debia,
 en tanto, que de Madrid
 vienen algunas noticias;
 mas ella disimulando,
 con prudencia conocida,
 habló D. Felix al padre,
 pero él se encoleriza:
 que un mulato tan villano
 su pena se merecia.
 Pero Margarita viendo,
 que su padre se retira,
 y que enojado responde
 de avisar á la justicia,
 á sus mismos pies se arroja,
 con lágrimas le suplica,
 que le perdone, y el padre
 le otorgó que lo haria,
 supuesto de que ha tenido
 tan generosa madrina,
 que lágrimas de los ojos
 suelen vencer rebeldias.
 Llamóle luego al momento,
 donde humilde se arrodilla
 y pidiéndole perdon,
 se lo otorgó y le decia:
 Que si en algo se metiera
 en la casa ó en Sevilla,
 si el mundo se revolviera

todo lo de abajo arriba,
 escribiría á su amo,
 y de tal suerte seria,
 que lo echase á una galera,
 si él en algo se metia.
 Con solo callar responde,
 aunque le cueste la vida,
 tolerando con prudencia
 todo aquesto Margarita.
 Sucedió, que sobre tarde
 á divertirse salian
 al Rio Guadalquivir;
 y por que en todo se sirva,
 vá con ellos el esclavo:
 pero ya desde una esquina
 miraba D. Agustin
 á D. Pedro, y Margarita;
 y sin de vista perderlo,
 tras la carroza camina.
 Llegaron hasta el Patin
 de las damas, donde habia
 una cuadrilla de mozos
 con algazarra, y con grita.
 Estaban jugando todos,
 y el coche parado habia,
 ni por ruegos del cochero,
 ni el amo que lo pedia,
 jamás el juego paró;
 y D. Felix, como habia
 dado palabra en callar,
 cosa ninguna decia
 cobarde el otro galán,
 con ellos no se atrevia:
 pero los locos mozelos
 tantas locuras hacian,
 que se asombraron las mulas,
 cocean, saltan, y brincan,
 y sin poderlas tener,
 por diligencias que hacian,
 en el rio se arrojaron,
 (Cielo qué grande desdicha!)

adonde allí se ahogaron
 cochero y mulas malditas.
 Socorro piden los dos,
 grande lástima ponian,
 viendo en tan grave peligro
 al buen D. Pedro, y su hija:
 D. Agustín está elado;
 D. Félix, que esto veía,
 furioso se arroja al río,
 llegó al estrivo, y lo quita,
 sacó la dama en sus hombros,
 y en tierra la deposita:
 y como es la noche obscura,
 que poco se determina,
 se la dió á D. Agustín,
 sin saber lo que se hacía.
 Volvióse al río, y sacó
 con heróica valentía
 al amo, cuando la dama
 está á un desmayo rendida:
 besó la tierra mil veces,
 parte á abrazar á su hija.
 Volvió ella del desmayo,
 miró al que tan mal quería
 que con sus brazos la abraza,
 que de veneno le sirva.
 Agradeciolo su padre,
 la dama apenas respira,
 viendo á su amante cobarde,
 y á su enemigo con dicha.
 Pero como ya D. Pedro
 algo de este amor sabía,
 se la otorgó á pocos lances,
 que allí entre los dos había.
 D. Félix callando escucha,
 D. Agustín recibía
 favores á tanto amor
 (triste de aquel que suspiral)
 Trajeron un coche luego,
 y en él se meten: qué haría
 el que por librar su dama,

por poco pierde la vida?
 Y luego los dos á solas
 consultaron á sus dichas,
 entrambos ricos, y nobles
 lo que quisieron sería.
 Y así el casarse disponen,
 y antes que pase otro día
 celebraron los asientos,
 como el caso requería.
 En fin, se llegó la hora,
 en que la dama sentía
 su pena, dolor y muerte,
 y en el alma aborrecía
 el casarse con un hombre,
 que aborrecido tenía.
 Llamó á D. Félix, y dice:
 que por su gran cobardía
 la perdió. Qué dices, di,
 traidora, ingrata, enemiga?
 sin duda que muerta estabas,
 ó no viste que traía
 la ropa D. Agustín
 enjuta, y que yo venía
 mojado? infelice soy!
 dura estrella! pena impia!
 Pues qué dices, mi D. Félix?
 tú fuiste (el dolor me priva!)
 quien del río me sacó?
 muerta estoy! no sé qué diga!
 qué haré yo, si ya mi padre
 á esto empeñado me obliga,
 y dada yá la palabra?
 que te cases, enemiga,
 y que te olvides de mí.
 No es posible, que yo viva,
 querido D. Félix mio.
 Mayor desdicha es la mia,
 pues por quererte yo á tí,
 mi calidad está oprimida,
 y como un humilde esclavo
 sufro tantas perrerías.

Tú te casas, no conmigo,
 tú gustas de ello, enemiga.
 Ay, D. Felix! yo me muero.
 Morir yo mejor seria,
 pues quieres que vea yo
 lo que á la muerte me obliga,
 yo mismo con esta daga
 me he de matar: Tén la ira,
 no te mates. No porfies.
 Oye, Señor, oye. Quita,
 Circe enemiga, traidora,
 á este cuarto te retira.
 Tú quieres (ay Santo Cielo!)
 que vea á mi propia vista,
 que dés á otro la mano,
 sin que de un trueno despida
 un voráz rayo, que aqui
 hoy me convierta en ceniza?
 Déjame matar, traidora.
 Dame á mi aquesas heridas:
 Que viene mi padre (ay Cielos!)
 mi bien, mis ojos, mi vida.
 Retiróse luego el padre
 con toda su compañía,
 y al oír decir mi bien,
 á la hija, al cuarto ahíla,
 y vido, que era el esclavo
 á quien aquesto decia.
 Sacó la espada; mas ella
 la daga á D. Felix quita,
 púsose á la puerta, y dijo:
 Ninguno se descomida;
 señor D. Felix, decid
 la verdad: Qué perrería
 es esta? le dijo el Padre:
 y D. Felix respondia:
 No hay perrería ninguna.
 Los hierros del rostro quita,

diciendo: Yo soy D. Felix
 de Rojas, mi pátria misma
 es Madrid, á Sevilla vine
 por cosas, que convenian.
 Yo ví á Margarita hermosa,
 habléla, y se resistía;
 mas viendo que contrastarla
 en efecto, no podia,
 me obligó á hacerme su esclavo,
 sufriendo todos los dias
 pesadumbres, y baldones,
 mil desaires, y desdichas
 de los unos, y los otros,
 y las pasadas heridas.
 Yo fui, Señor, quien sacó
 del peligro á Margarita,
 y yo la puse en los brazos,
 sin saber lo que me hacia,
 del señor D. Agustin,
 esto mi espada lo afirma,
 y nunca fraudes habrá
 en noble caballeria.
 Es Magarita mi esposa,
 sin haber quien me lo impida,
 á pesar de mis contrarios,
 aunque rebiente la envidia.
 Don Pedro pasó por ello,
 como lo mismo su hija,
 quédanse los dos casados:
 y á D. Agustin convida
 con su hermana Doña Clara,
 que en Madrid quedado habia,
 quedando, amigos y hermanos,
 con gusto y con alegría.
 Adonde Lucas del Olmo,
 de esta historia peregrina
 promete al enamorado
 gusto, si Dios se lo envia.

FIN.